

## **PARECÍA EL INFIERNO**

### **ROSA MONTERO**

Tumbada boca abajo sobre la toalla, Violeta veía el mar como una pared vertical, un muro violento y espumoso que amenazaba con desplomarse sobre la playa. La caleta era pequeña y angosta, una herradura de arena entre las rocas. El mundo real quedaba muy arriba, por encima de los flancos negros del acantilado. La playa era un pozo, un agujero cercado por piedras filosas y olas tumultuosas. El sol caía sobre la nuca de Violeta como la cuchilla de una guillotina.

–No entiendo cómo le puede gustar esto a alguien... –gruñó en voz alta, y el bramido del mar devoró sus palabras.

Violeta venía de tierra adentro, del páramo de Vélez, un grandioso mundo horizontal rematado a lo lejos, muy a lo lejos, por las brumosas e imponentes montañas de la Cordillera Blanca. Era la primera vez en su vida que visitaba la costa y le parecía un lugar abominable. Llevaba tres semanas en casa de sus tíos. Es decir, en casa de su prima Carolina. Tenían las dos la misma edad, quince años; pero Carolina parecía mucho mayor. A Carolina le encantaba la playa porque nadaba muy bien y porque se ponía unos bikinis diminutos de colores eléctricos. Dos cachitos de tela fosforescente enmarcando un cuerpo de revista, una carne atlética y tostada, unos vellos tan leves y dorados como un polvo de estrellas. Los pelos de las piernas de Violeta, en cambio, eran pelos auténticos, negros y ásperos vellos de mujer que ella había empezado a afeitarse con una cuchilla. Y cómo escocía la piel al rasurarse. Nada más llegar a la costa, Violeta se abrasó esas piernas en carne viva y el resto de su anatomía con el sol implacable de la caleta. Luego las quemaduras se curaron y se despellejaron, y ahora la piel de la muchacha era un estropicio de peladuras rosadas y manchones.

–¿No te vas a bañar? –dijo Carolina, a su lado, levantándose con un gracioso brinco de la toalla.

Lo debe de ensayar por las noches, pensó Violeta. No es posible que todos los movimientos le salgan tan bien, no es posible que siempre parezca una gimnasta olímpica.

–No tengo ganas –contestó en voz alta; y le asqueó advertir que se le habían metido unos cuantos granos de arena dentro de la boca. Chirriaban entre las muelas, diminutos y desagradables.

–No sé cómo no te aburres de estar todo el día ahí leyendo esas revistas... Además, deberías nadar más. Hacer ejercicio adelgaza mucho –dijo Carolina.

Y corrió hacia el agua, ligera y animosa. El mar era una pared de vidrio, un turbio cristal roto por la espuma. La caleta se encontraba en el morro del acantilado y las olas siempre batían con fuerza contra las rocas; pero hoy el mar estaba especialmente bronco, con el lomo hinchado y amenazante. Subían y bajaban las olas por la pared de vidrio, provocando un estruendo ensordecedor. Carolina entró en el agua, se volvió hacia Violeta y saludó triunfante. Nadaba muy bien y le encantaba que los demás advirtieran su pericia; por eso se empeñaba en venir a esta caleta, tan lejana, peligrosa e inaccesible, y había convencido a toda la pandilla para que la siguieran. Carolina era la reina de su grupo: no sólo la más guapa, sino también la mejor estudiante, la mejor deportista. Violeta resopló con fastidio, sintiendo que el sol aplastaba su espalda contra el suelo como el pie de un gigante. Aún era temprano, pero el calor resultaba ya abrumador. Iba a ser un día insoportable. Carolina volvió a agitar la mano entre la espuma: como la playa estaba todavía vacía, no tenía más remedio que utilizar a Violeta como público. De la arena subía un leve olor a podrido, un tufillo dulzón y descompuesto que se hincaba en el cerebro.

–No entiendo cómo le puede gustar esto a alguien –volvió a mascullar Violeta.

En ese justo instante un recuerdo se apoderó de su memoria, tan punzante como la quemadura de una brasa. Era un recuerdo que Violeta llevaba días intentando reprimir, pero

que de cuando en cuando se escapaba de su exilio amnésico para irrumpir como un devastador meteorito en su conciencia.

–Nicolás... –murmuró, acongojada.

Y volvió a experimentar la misma sensación de ridículo de aquel día horrible, la misma inadecuación, la espantosa vergüenza, el furioso deseo de enterrarse en la arena. O de morir. El desasosiego fue tan fuerte que sintió una súbita necesidad de moverse; de modo que cambió de postura y se sentó de cara a la orilla. Inmediatamente el sol empezó a pesar sobre su cabeza; el recuerdo latía dentro de su cráneo como si fuera el inicio de una jaqueca. La playa era un pozo, una jaula, un encierro. No se podía marchar de casa de sus tíos hasta que su padre no la llamara. Cogió un puñado de arena y lo dejó escurrir entre los dedos: ínfimos pedruscos de cuarzo, pero también conchitas diminutas vacías de sus bichos. Y fragmentos de carcasas de crustáceos. La playa era un cementerio de animales menudos. Un moridero calcinado por el sol y la sal.

Sin embargo, su madre le había dicho:

–El mar es el origen de la vida. De ahí venimos todos. Hemos salido del mar.

La madre había nacido en la costa; el padre, en el interior. En la ciudad del páramo en la que vivían, la madre siempre habló a Violeta del mar. Ella creció creyendo que era como un caldo mágico de druidas, una poción maravillosa llena de milagros y misterios. Pero ahora que por fin lo había conocido de verdad, resultaba que el mar le daba asco y miedo. En primer lugar, no era transparente. Era turbio y sucio, vociferante y violento. Puede que fuera el origen de la vida, pero se parecía a ese líquido amniótico que estudió en las clases de Naturales: un fluido sanguinolento y pegajoso, un elemento viscoso y genital.

Violeta se estremeció. Estaba sudando, pero un pequeño escalofrío recorrió su cuello y se le perdió espalda abajo. Las olas se estrellaban contra las rocas sañudamente, como si quisieran triturarlas. Se tapó los ojos con las manos y en la oscuridad el ruido pareció incrementarse: sonoros estampidos, furiosos silbidos, un ronco hervor de agua. El sonido del mar deshaciendo la Tierra. Un poco asustada, Violeta volvió a mirar la playa barrida por el sol.

–¡Silencio! –gritó, intentando distraerse del agobiante fragor del mar con su propia voz.

Pero el estruendo de las olas se tragó la palabra.

–¡Violeta! –gritó de nuevo.

Se escuchó por dentro, en el rodar de las sílabas dentro de la boca; pero cuando los fonemas salían de sus labios el mar los aplastaba. La bronca respiración del agua dominaba sobre todo lo demás. Apagaba cualquier ruido a pocos metros. Aquí, en la caleta, ni siquiera se hubieran podido oír los gritos de su madre. Sus gemidos afilados por el dolor. Esos insoportables lamentos que parecían salir de la garganta de un animal y que se colaban por todos los rincones. Su padre agarraba al médico del brazo y preguntaba:

–¿No le pueden dar algo más fuerte? Sufre mucho.

Pero la madre no dejaba de aullar. Seguía bramando cuando se la llevaron al hospital y cuando Violeta se marchó, enviada de urgencia a casa de sus tíos, como una refugiada en tiempos de guerra.

–¡Nicolás! –lanzó ahora la chica contra el rugido de la rompiente.

E inmediatamente se arrepintió de su grito: y si Nicolás estuviera bajando por el acantilado, y si la hubiera escuchado... Pero no, imposible, el ruido del agua lo emborronaba todo, había que estar muy cerca para poder oírse.

A lo lejos, muy lejos, muy dentro de la pared marina y vertical, un puntito negro levantaba la mano y saludaba. Era Carolina la sirena, Carolina anfibia, alardeando. Violeta sintió que sus mejillas se encendían de rubor y que el estómago se le retorcía en una náusea.

Nicolás le había gustado desde el mismo momento en que le vio. Era un chico alto y ancho de hombros, mucho mayor que ellas: por lo menos tenía dieciocho años. Al mirar achinaba los ojos, negros y brillantes, con unas pestañas tan espesas que parecían pintadas; y tenía los labios gordezuelos y una pequeña sonrisa de medio lado, como de actor de cine. Nicolás era el de

más edad de la pandilla y Carolina se burlaba de él, le llamaba viejo, le arrojaba arena contra la cara. Violeta no acababa de entender por qué Nicolás seguía viniendo: Carolina y él se caían mal, eso era evidente. Tal vez fuera por eso por lo que a Violeta le pareció un chico distinto a los demás. Un día, uno de los primeros días de su estancia en la costa, Nicolás contó una historia extraña:

–No sé por qué estamos siempre en esta playa. No me gusta. El año pasado vine mucho. Venía con Beba, la chica con la que salía, y con su hermano y dos o tres amigos. Siempre estábamos solos, aquí nunca hay nadie. Una tarde, mientras tomábamos el sol, llegó una mujer como de treinta años por las rocas. La marea estaba muy baja y llegó andando, dando la vuelta por la costa, con el agua a medio muslo. No sé de dónde saldría. De la cala de al lado, o de la playa grande que hay más allá. Vestía un traje de baño de una pieza y estaba llorando. Se acercó a nosotros, muy nerviosa, y nos gritó: «¡Ayudadme, ayudadme, por favor, por favor, se están matando!». «¿Quiénes?», preguntamos. Ella estaba como loca, casi no podíamos entender lo que decía. «¡Mi marido y Juan, se están matando!», decía; o a lo mejor Juan era su marido y se mataba con alguien; o a lo mejor su marido y un tal Juan se estaban matando con otra gente, todo era muy raro, no había quien comprendiera nada. Ella corría de uno a otro, se venía hacia mí, y luego hacia Beba, y luego hacia los demás, como si estuviera jugando a las cuatro esquinas, y decía no sé qué de navajas y sangre, como una loca. Y luego se dio media vuelta y volvió a marcharse por donde había venido, igual de agitada, con el mar a media pierna.

–¿Y vosotros qué hicisteis? –preguntó Violeta.

–Nada. Estábamos alucinados, paralizados. Imaginaos la escena, hablaba de navajas y sangre, y nosotros estábamos en traje de baño, tan... tan indefensos, ¿sabéis cómo os digo? No sé, era una sensación muy rara, como de pesadilla... Luego, en cuanto se marchó, fue como si no hubiera venido nunca. Pero por eso no me gusta esta playa.

Eso dijo Nicolás, y Violeta, que también detestaba la pequeña cala, se sintió muy compenetrada con él. Empezó a esperarle con ansiedad por las mañanas (siempre llegaba de los últimos) y absorbía con avaricia cada una de sus palabras, intentando encontrar algún signo de complicidad. Conversaban poco, pero Violeta estaba convencida de que, por debajo de su parquedad expresiva, Nicolás sentía por ella una afinidad especial.

Hasta que un día, al atardecer, Violeta vio dos cabezas juntas allá dentro, muy dentro, en la vidriosa panza de las aguas. Subían y bajaban las cabezas, muy pegadas, al compás de la ondulación de la superficie; y se agitaban los cuerpos con raros movimientos, manos que chapotean, espaldas que emergen y se hunden, agitados espasmos entre la espuma. Violeta les contempló durante un buen rato, cada vez más inquieta.

–¿Qué les pasa a Carolina y a Nicolás? Parece que tienen problemas, tengo miedo de que se estén ahogando... –le dijo al fin a Toño, otro de los chicos de la pandilla, el que estaba sentado más cerca de ella.

Toño la miró enarcando las cejas e hinchó las mejillas de aire, en un gesto bufo de payaso. Luego soltó el aliento de repente con un ruido de globo al estallar y empezó a carcajearse:

–¿Que qué les pasa? ¿Que si se están ahogando? –farfulló, medio asfixiado por sus propias risas.

Y se levantó y fue a contarles el chisme a los demás, mientras el entendimiento de lo que sucedía caía sobre Violeta como un rayo, partiéndole el cerebro y el corazón. Ahí estaban Carolina y Nicolás, unidos en el magma marino de la vida. Frotándose el uno al otro como resbaladizos peces dentro del agua. Y ahí estaban los demás chicos y chicas de la pandilla, pateando boca arriba en la arena muertos de risa, demostrando su diversión con ostentoso énfasis, con la exageración abracadabrante de los adolescentes. Siempre que recordaba ese momento, Violeta se sentía morir. Se sentía muerta. El amor naciente es como una luz, y cuando se apaga de manera abrupta el mundo se convierte en sombra y polvo.

Habían pasado varios días desde entonces, unos días tan lentos y penosos como una condena carcelaria. Tras el incidente de la playa, Violeta hubiera deseado meterse en la cama y no volver a levantarse nunca jamás; pero un último resto de orgullo la obligó a seguir viniendo cada día a la caleta, arrastrándose penosamente detrás de su prima hasta este tórrido caldero de arena y mar silbante, y a aguantar con fingida impavidez las bromas del grupo, la percepción de extrañamiento. Cada día se sentía más fuera. Cada día la marginaban más.

Frente a ella, en la panza del mar tumultuoso, Carolina la saludaba con la mano. Subía y bajaba la cabecita de Carolina, como un corcho sometido al furor de las olas, mientras la muchacha seguía saludando de manera absurda. Ya te he visto, pensó Violeta con rabia, sin responder a su gesto. Ya te he visto.

–¡Hola! –aulló alguien de repente junto a su oreja.

Violeta dio un respingo y volvió el rostro; junto a ella, inclinado para hablarle al oído en medio del fragor, estaba Nicolás. Unos metros más allá, otros dos amigos de la pandilla extendían sus toallas. Embebida en sus pensamientos, la chica no había advertido su llegada.

–¿Dónde está Carolina? –gritó Nicolás contra el estruendo.

Violeta miró hacia el agua con disimulo; la marejada empeoraba por momentos y la cabeza de su prima resultaba escasamente visible entre las rizadas jorobas de las olas. De cuando en cuando incluso desaparecía durante un par de segundos.

–¿Cómo dices? –le preguntó a Nicolás, como si no le hubiera entendido, para ganar tiempo.

–¡Que dónde está Carolina!

Quizá se estuviera ahogando. Esta vez sí, esta vez era posible que su prima se estuviera tragando, ella solita, ese mar seminal y violento. Ese mar tenebroso del que surgían mujeres desesperadas hablando de navajas y de sangre. Si Carolina estaba de verdad en peligro, habría que hacer algo. Habría que dar la alarma y rescatarla. Violeta se encogió de hombros con gesto inocente:

–¡No sé! –respondió–: ¡Hace un rato que no la veo!

Nicolás se irguió y miró alrededor, abarcando de una sola ojeada la pequeña cala y el mar vertical que la cerraba. Su retina no estaba acostumbrada a ver la cabecita flotante y por consiguiente no la vio. Torció el gesto, fastidiado por la ausencia de la chica.

–Seguramente se ha ido a dar un paseo por el acantilado –dijo Violeta.

Nicolás sacudió la cabeza con cierto mal humor y dio media vuelta, dispuesto a alejarse.

–¡Espera! –le detuvo Violeta.

El muchacho la miró. Al fondo, en el regazo de las olas, Carolina parecía decir algo. Sí, tenía la boca abierta, debía de estar gritando. Pero su voz no llegaba hasta la costa. Nicolás seguía quieto, esperando las palabras de Violeta; pero la miraba de refilón, por encima del hombro, sin siquiera haberse girado de nuevo hacia ella. Era evidente que quería irse.

–Mi madre se está muriendo –dijo Violeta.

Y, mientras lo decía, sintió que una rabia venenosa la inundaba. Que por lo menos me sirva de algo esta maldita madre que se está muriendo y me abandona, pensó. Las huérfanas resultaban atractivas. La pena era un buen pretexto para ligar.

Nicolás sacudió la cabeza.

–Ya lo sabía. Carolina me lo contó. Lo siento.

Y se apresuró a seguir su camino, cruzando en dos zancadas la pequeña playa y uniéndose a los otros amigos de la pandilla, unos cuantos metros más allá.

Violeta tragó saliva. Una gota de sudor descendió por debajo de su flequillo y se columpió en la punta de su nariz. Las estrechas paredes de roca impedían el paso del viento y el calor era inhumano. A lo lejos, colgada en mitad del vidrioso mar vertical, como una mariposa atrapada entre los cristales de un cuadro de insectos, Carolina agitaba de cuando en cuando la mano. Cada vez más de tarde en tarde. Más desmayadamente. Violeta se volvió de espaldas al agua y se tumbó de nuevo boca abajo sobre la toalla, respirando el vago tufo a podredumbre de la

arena. La caleta era un pozo, un agujero, un hoyo claustrofóbico que el sol calcinaba. Parecía el infierno, pero tan solo era una aburrida mañana de verano.

